

EL CAMPO Y LAS RAICES DE LA CIVILIZACION (*)

POR

MICHELE FEDERICO SCIACCA (†).

“La gloria de la campiña divina”, del alma tierra, materna y fecunda, de la cual provienen la prosperidad de los pueblos, la salud física y moral de las gentes, el bien de la paz. Así, Virgilio, que tanta gloria cantó gozosamente al tiempo de Octaviano Augusto, al culminar de la grandeza y de la potencia de Roma, como si quisiera contraponer a la gloria militar y política aquella más duradera y más fecunda, más dulce pero más “fuerte”, de la campiña desposada con el aire, el sol, la lluvia; como si adivinase —pues es verdad, como lo fue en un tiempo, que los grandes poetas son adivinos— que al culminar la gloria de las armas y de la organización imperial, comenzaba la decadencia de la romanidad. Y que habría comenzado, como comienzo fatal, si tanta potencia no fuera rescatada con su retorno al interior de la gloria de la campiña divina.

De tal retorno el Mantuano, con grave y preocupado acento, proclama la urgencia, tras las ofensas que la guerra habían inferido a los campos —que pueden ser ofendidos y profanados de tantos modos, tantos como aquellos con que hoy se le ofende, con todas las formas de depredadora guerra en tiempos de pacifismo charlatán e

(*) El 28 de noviembre de 1974, en *Il Tempo* de Roma, publicó nuestro inolvidable maestro Sciacca este artículo con el título «I segni infallibili», recogido en su libro póstumo «Il magnifico eggi» (Roma, Città Nuova Ed., 1976) del cual ya publicamos, en el número 147 de *Verbo*, págs. 903 y sigs., traducido al castellano «La razón enloquecida». Como complemento de este artículo del Prof. Sciacca sigue a continuación el de un campesino artista y pensador como es J. Gil Moreno de Mora, que aborda «Conceptos campesinos de la sociedad».

hipócrita— abandonados, como él acusa, por la ingratitud de los hombres, que, corruptos, ahora preferían la viciosa comodidad de la ciudad, una forma de traición a la paz traída por Augusto y, por lo tanto, convertida en precaria e insegura. Por eso Virgilio, por el bien de la Roma potente, exhorta a los romanos para que reestablezcan la antigua virtud —la “romanidad”— del primitivo pueblo del Lazio: no con el retorno a aquel tipo de sociedad, sino por la recuperación y el injerto de aquella virtud a la gran Roma de Augusto. Efectivamente, fueron los pastores fieles a la tierra, y los labradores fieles al arado, al olivo y a la vid, a los rebaños y a las manadas, quienes al afirmar los valores humanos, morales y religiosos que la agricultura y la vida agreste conllevan, fundamentaron la grandeza de Roma desde sus orígenes hasta su expansión.

No menos que el “bucólico” Virgilio, el “epicúreo” y no heroico Horacio comprendió la imposibilidad de cualquier eficaz reforma de las costumbres decaídas y de los antiguos ritos religiosos corrompidos sin un retorno al campo, a su dignidad, merecedora de noble labor. Incluso para el Venusino, la causa de la “permisividad” de las costumbres, de la cual, dentro de ciertos límites él mismo es un ejemplo, y de la disolución de la vida familiar —se debe “a la fuga” sistemática de los campos y al abandono de la “santa agricultura”; al delirio de construir sin orden, subtrayendo tierra al arado, al ciego furor de fabricar “villas privadas”, circundadas de árboles estériles y ornamentales para el reposo— ... del ocio de quienes, sin esfuerzo alguno excepto los de la astucia carente de escrúpulos y de la dishonestidad sin vergüenza, gozaban de pingües rentas, de emolumentos, de privilegios, de “puestos” para no trabajar, pero buenos para poder sustituir la sombra de los olivos con los aromas disolventes de los mirtos, y los músculos con la blandicia, sepultura del antiguo Rómulo y del austero Catón.

Ni Virgilio ni Horacio incitan a una revolución —que, como cualquier revolución, destruye más de cuanto podría construir y, sobre todo, edifica el peor de los conservadurismos—, sino a una restauración: en el sentido de una restauración de la vida pública y privada, que debe iniciarse con el retorno, dentro de la nueva civilización, de los valores de la vida campesina; aconsejan la “tala” de la ciudad

pletórica, el arrasamiento de las zarzas, que se ponga fin a la promiscuidad ilícita, y a la confusión de las multitudes sin orden y sin unidad; que se declare la guerra al caos físico y moral, con el fin de que puedan retornar el templo, el bosque, la familia.

No hacemos aquí, ni ésta en nuestra intención, una dócil apología de los campos y de las montañas, ni un elogio al buen mercado de la así llamada ecología, añadiendo una voz más a tantas otras inútiles de crónica especiosa, superficial e irritante. Queremos simplemente decir que entre los "signos" infalibles de la decadencia y de la muerte de una civilización se halla la *desertización* de los campos y la *acumulación* de la gente en la ciudad; el paso de una riqueza modesta pero sólida, que tiene solidez incluso moral y espiritual, a una dorada miseria interior, coincidente no con el nacimiento del hombre nuevo, sino con los abortos en cadena del hombre envejecido y decadente: masa de nacidos abortados y cúmulo de exhibición y de desorden, fuente de contaminación y de irreparable desequilibrio social, tal como hoy se ha convertido la ciudad aun con sus innegables atractivos. Es necesario empezar de nuevo a sembrar si se quiere que nazcan hombres-grano y no hombres-cizaña. Del campo y de la soledad es la finura del sentir: el campo es "religioso"; del trigo toma la fuerza del corazón; del olivo, el aceite, padre de luz, que ahuyenta las tinieblas del alma. ¿Por qué, precisamente con el fin de que la civilización de las máquinas y de la ciudad babélica no se autodestruya y de que conserve en lo que tiene de válido, no se restituye a la "campiña divina" de Virgilio su dignidad y su decoro, su gloria, su silencio y su religiosidad?

Religiosidad, sí; también religión. Nada de cuanto se vive es más válido, más resistente ni más "estático" que el dinamismo que posee un árbol. El árbol tiene raíces robustas, profundas, laboriosas: el árbol se arraiga; el árbol es "radical" como la evidencia que no se discute porque está más allá de toda discusión, porque más allá de las intrascendibles raíces no se puede andar: la raíz es "principio"; es radical en el sentido de que de la raíz, de esto que no se mueve y está siempre en el mismo lugar, irrumpe la vida que se ramifica. El árbol está siempre en el mismo puesto, a la espera de los inviernos y de los veranos, de las primaveras y los otoños, de la llu-

via y el sol, de los vientos y las nieves: toda la naturaleza alimenta sus raíces que, a su vez, hacen que la naturaleza sea naturaleza.

El árbol enseña que sin arraigar no se nace y no se crece, no actúan las potencias vitales; enseña que quien se desarraiga no vive, muere; y si va viviendo, es utópico, informe, traidor al fin y por esto, "impío"; es un saco vacío que se puede llenar de todo a montón, incluso de su propio vacío. De todo menos de cualquier cosa válida, estable, resistente; es plaza y no castillo, pajar y no torre. Así el hombre desarraigado es llevado por el viento como una brizna de hierba seca y, por falta de raíces, destinado a doblarse como la espalda de los esclavos, y, después, a arrastrarse, astucia del esclavo, como los reptiles. La inmovilidad del árbol es el símbolo de las conciencias sólidas precisamente porque tienen raíces que les fijan, principios que no se derrumban.

Parece como si el árbol fuera lo contrario de la fe que mueve montañas. Y lo es, seguramente; pero esta contraposición es necesaria para la fe auténtica, que, como el pensamiento, vive y se nutre de oposiciones. Sin raíces profundísimas y vitales, como un penetrar hacia la profundidad de la tierra, como una provocación audaz dirigida a alcanzar la creación en su origen immaculado; sin raíces que se clavan como un mártir a su fe, no nace, no se alimenta la fe que mueve montañas, porque solamente las mueve la fe arraigada, aquella que no se desarraiga y que, al fin, precisamente cuando se agarra a la cruz, erradica la grama inútil.

El árbol y los pájaros del cielo y los lirios del campo, confían en la Providencia. No religión de la naturaleza, sino aproximación religiosa a la naturaleza, fuente que alimenta el espíritu religioso, el amor al orden y a las cosas buenas para el gobierno del orden, que implica una finalidad que lo sobrepasa y lo colma: lo hace perfecto.